

EDGAR
BORGES

¿QUIÉN MATÓ
A MI MADRE?

Finalista III Premio Nacional de
Novela Ciudad Ducal de Loeches

PRÓLOGOS
Andreu Martín
Antonio Gómez Rufo

Ediciones
Irreverentes

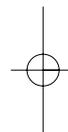


Edgar Borges

¿QUIÉN MATÓ A MI MADRE?

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.



©Edgar Borges

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Junio de 2008

Ediciones Irreverentes S.L.

Editor@edicionesirreverentes.com

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-13-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación y Cubiertas: Absurda Fábula

Fotografía del autor: Nathalie Riera

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*Eternas gracias a
Andreu Martín,
Antonio Gómez Rufo
y Pablo De Santis
por haber participado en este
juego de múltiples realidades.*

*«José K. terminará
resignándose al absurdo:
ser el centro de un proceso
cuya causa él mismo
ignora y que le ha de
conducir hasta la muerte».*

Franz Kafka.

PRÓLOGO

¿QUIÉN MATÓ A MI MADRE? SEGÚN ANDREU MARTÍN

Enfrentado a un crimen, a la llegada de dos misteriosos investigadores y a un interrogatorio que prácticamente monopoliza el desarrollo de la obra, Andreu Martín autor de novelas negras como *Prótesis o Juez y Parte o Piel de Policía*, obsesionado por el realismo y la verosimilitud, topó con un texto que se resistía a encajar en los moldes previstos. Hasta que la magia del texto se impuso y el lector fue sustituido por otro Andreu Martín, el autor de *Por amor al arte, Por el amor de Dios o Vampiro a mi pesar*, el habitante de Cadaqués, tocado de tramontana y apasionado del surrealismo, el que distorsiona personajes y crea situaciones incoherentes para mejor contar la coherencia del mundo y, con ese nuevo pincel daliniano repinté la obra y, por fin, la comprendí y me zambullí en ella para descubrir nuevos placeres, mucho más próximo (supongo) a las intenciones del autor.

La novela me elevó, así, por encima de la realidad para llevarme a un fascinante mundo de sugerencias, insinuaciones y reflexiones donde no se trata de partir de enigmas para encontrar respuestas sino que directamente se parte de las respuestas para perderse entre enigmas. En la novela *¿Quién mató a mi madre?*, de Edgar Borges, el placer deriva precisamente de verse perdido y de cerrarse salidas, de manera que incluso la solución final es un triple o cuádruple portazo para terminar con la promesa «de que regresaría puntualmente en dos semanas» y de ello no se desprende una sensación desasosegante sino, desde

mi punto de vista, una alegre predisposición de volver a empezar el juego con ánimos renovados.

Cuando entramos en casa de los Rivera, ésta queda descrita como un decorado, una realidad manifiestamente distinta de un exterior que estamos dispuestos a ignorar. Nos instalamos en un decorado que queda fijado como una caja de luz flotando en medio de la nada, ajena a la realidad exterior. A partir de ahora, los personajes actuarán a su manera, levitarán, se moverán en apartes imposibles, hablarán entre signos de exclamación, el marido se disfrazará de la mujer, se nos hablará con naturalidad de agencias donde encontrar clones de sí mismos, el revólver del asesinato se alquila, serán hallados papelitos doblados invisibles para todos menos para uno aunque se encuentren en los lugares más visibles, convenciones todas ellas que me llevan al mundo onírico como los de Dalí, Chirico o Magritte. Microcosmos platónicos donde los interrogadores son como ángeles, ni policías ni periodistas, detectives contratados por la muerta y sus interrogatorios devienen diálogos en espiral sobre la locura y la vida.

Lo que en una novela realista y convencional sería psicosis en este relato de género inclasificable se convierte en metáfora que nos lleva a la reflexión, a la paradoja, a la síntesis, a veces a la risa más desternillante, siempre a la sorpresa. Insisto en que, durante la lectura, he estado envuelto de esa sensación tan intrigante y desconcertante que provocan en el espectador los relojes blandos o el Ángelus de Millet repintado por el genio ampurdanés, las estatuas con cara de perro y las columnas truncadas en eriales calcinados de Chirico, el hombre del sombrero hongo de Magritte, el Rinoceronte o la Cantante calva de Ionesco. El sillón que ocupa el lector poco a poco será diván de psicoanalista donde cada una de las situaciones, réplicas, palabras del texto resultarán ser reinterpretaciones deformadas de la realidad

que evocarán inevitablemente vivencias cargadas de significado y de sentimientos.

La novela se lee con gran facilidad, incluso diría que pasión (una vez has sintonizado exactamente con las claves necesarias), aun cuando no recurre al truco habitual en la novela policíaca que yo conozco de plantear un enigma para capturar y retener la atención del lector. La pregunta ¿Quién mató a mi madre? sólo está en el título. En cuanto se inicia el interrogatorio, el lector percibe de inmediato que no se va a seguir un método policial de persecución de la verdad sino que se va a encontrar con un largo diálogo platónico que lo llevará más allá de lo policial para sumergirlo en la filosofía.

He dicho al principio que me instalé en casa de los Rivera como si fuera un escenario de teatro. Efectivamente, el autor nos sitúa con una descripción parecida a la que se utiliza para iniciar las obras dramáticas: el balcón enfrente; entre la mesa y el balcón, hacia la izquierda, está Manuel... Detrás de la puerta, la única pared azul de la vivienda... Más adelante, cuando nos hable de las sorprendentes cenas poéticas de la familia Rivera, se nos explicará cuál es exactamente la posición que ocupa cada uno de los miembros. Los ruidos que vienen del exterior me parecen efectos producidos por anticuados tramoyistas, Dios mío, los golpes que propina Dina a su ordenador cuando trabaja: ¡se va a cargar el disco duro! No sé por qué (pero es virtud de esta novela inducir a pensamientos que se dirían ajenos a ella sin serlo), la situación de la novela me lleva a un decorado delirante que existe en el Museo Dalí de Figueras: aquella habitación que es un retrato de Mae West. Hay una chimenea, dos cuadros, un sillón, entre los cuales se puede caminar... Y, cuando se mira a través de un cristal distorsionador, se descubre que el sillón rojo son los labios, que la chimenea es la nariz, que los dos cuadros son ojos... Éste es el sabor que

retengo en el cerebro después de la lectura de la novela *¿Quién mató a mi madre?*, de Edgar Borges. La constatación de que el concepto surrealismo no viene de sub-realismo, como el mal uso de la etimología nos podría llevar a pensar sino de la palabra francesa sur-realismo que quiere decir super-realismo, es decir, mirada desde arriba, desde lo alto, mirada de aquel que sobrevuela (de ahí que haya comparado los investigadores con ángeles) y que, desde el cielo, puede verlo todo con una distorsión que lo acerca mucho más a la verdad, puede verlo todo tan bien que incluso descubre que en el *Ángelus* de Millet había enterrado un cadáver.

ANDREU MARTÍN
Barcelona, 2007

¿QUIÉN MATÓ A MI MADRE?
SEGÚN ANTONIO GÓMEZ RUFO

Hay una máxima en Hollywood según la cual el cine dentro del cine no funciona, aunque lo cierto sea que se ha producido un buen puñado de películas que, con argumentos contruidos sobre historias que suceden en el mundo del cine, han tenido calidad y éxito. *Cantando bajo la lluvia* o *La condesa descalza*, de Mankiewicz, son sólo dos ejemplos, pero suficientes para ilustrar lo que quiero decir.

Por la misma razón, la literatura puede funcionar dentro de la literatura. Es cierto que son raros los casos, y que están demasiado usadas las tramas literarias en las que el personaje principal es un libro, un escritor o una escritora. Y todavía más abundantes las referencias literarias (necesarias o no) que utilizan algunos autores, en ocasiones para mostrar una erudición pedante y en otras para intentar apoyar sus argumentos o explicar por qué apelan a un rocambolesco final para resolver una escena, un capítulo o una novela entera. En mi opinión, en ambos casos la literatura no funciona dentro de la literatura: es previsible, presuntuosa, inconsistente y hueca. A mí no me gusta.

Pero en el caso de *¿Quién mató a mi madre?*, la novela de Edgar Borges, la utilización de la literatura como personaje me parece original y eficaz. La Literatura con mayúscula, entendida como un arte que a veces ha supuesto el soporte vital de un ser humano, como escritor o como lector. Aquellos presupuestos teóricos según los cuales existe vida en la literatura (y su anverso, esto es: la muerte), permiten reflexionar y llegar a la elaboración de conclusiones que razonan la imbricación posible entre creación literaria y malabarismo de conceptos

ajenos. Edgar Borges juega a crear una novela de las que llamamos novela-excusa, porque, en realidad, lo que hace es obligarnos a pensar en el destino, el azar, la naturaleza humana y el sentido de la vida a través de una presencia ideológica que preside la vida del autor, en todas sus facetas. Y juega con una trama policíaca sustentada en la vida propia que tiene el universo de la literatura de una manera muy distinta a como lo hiciera Umberto Eco en *El nombre de la rosa*, otra novela, a mi juicio, inequívocamente policíaca, pero con un parecido planteamiento creador.

Es posible que el escritor, como cualquier ser humano que comparte este modelo de sociedad actual, no pueda abstraerse de la realidad ni eludir la contaminación. Tal vez por eso se vislumbre una modernidad experimental en la novela, que no se resiste a incluir modas de buena acogida popular. Puede ser mérito o demérito de ¿Quién mató a mi madre?, críticos habrá que lo juzguen, pero esa modernidad (moda irritante, banal y superficial, casi siempre) no trabaja en este caso como lastre, aunque a alguien pueda parecerle que tampoco como vela en mar aventado que nos lleve por el discurrir de la trama con comodidad. Se nos cuenta una historia que tiene su tempus, su trama y su fundamentación ideológica. Que no se descubra no será, en todo caso, culpa del autor, sino escasez de perspicacia en la lectura.

Quién sabe si la moda de la literatura actual nos está abaratando a todos las percepciones. Quién sabe.

ANTONIO GÓMEZ RUFO
Madrid, 2007

¿QUIÉN MATÓ A MI MADRE?

CAPÍTULO I
PRIMERA VISITA

SITUACIÓN A

LA CARTA

El 17 de enero de 2006, si la señora Graciela Rivera hubiese estado viva, quizá el timbre de la puerta del apartamento 112 no habría sonado cinco veces, porque ella tenía la costumbre de abrir al primer llamado. Pero, aquella tarde, dos semanas después de su muerte, fue su hija Dina quien abrió. Y lo hizo con tal desagrado, que apretó los ojos y bajó la cabeza reafirmando su encierro, como si le estuviera negando toda posibilidad de entrada a los visitantes. Para ella, veintitrés años era mucho tiempo, tal vez por eso vivía intentando una continua fuga.

–Buenas tardes, señorita, ¿podemos entrar? –fue la voz ronca que retumbó en los laberintos de la joven.

Dina abrió los ojos, vio la hora en su reloj de pulsera (eran las cuatro de la tarde), con tensa calma levantó la mirada; había en ella una extrema indiferencia que rondaba el desparpajo. Ante la puerta aguardaban dos hombres vestidos con sobretodo. Uno era considerablemente más bajo que el otro, pero, más allá de esta diferencia de estatura, a simple vista los dos tenían un porte muy similar; hasta ese momento parecían surgidos de una misma escuela. En sus miradas observadoras Dina sintió que habían llegado con el firme objetivo de alterar los acontecimientos. Sin embargo, ella sabía que los acontecimientos no los altera quien quiere, sino quien puede (y muy pocos pueden), quizá por ello sonrió con una mueca de fastidio.

–¿Qué hace aquí? ¿Qué más quiere? ¿Ahora trae refuerzos? –preguntó Dina señalando al hombre más bajo, quien hasta entonces no había hablado.

El individuo de voz ronca fue quien respondió:

–¿Podemos entrar?

–¡Los policías y los periodistas son como los zamuros, le caen encima a los cadáveres sin compasión alguna! –afirmó la joven.

–No somos policías ni periodistas, ¿podemos pasar? –insistió el sujeto más alto, que no por serlo significaba que lo fuera mucho, porque en realidad tenía una estatura mediana.

–Adelante, no faltaba más –dijo Dina con ironía, mientras terminaba de abrir la puerta.

Los dos hombres entraron lentamente al apartamento. A la derecha, en el primer extremo de una larga mesa de madera, un muchacho estaba sentado de espalda a la puerta, «debe ser Saúl, el hijo menor de la víctima», pensó quien hasta ese momento se mostraba como el líder de los recién llegados. Saúl veía fijamente hacia el balcón que tenía enfrente o quizá recorría los laberintos de su existencia. Era muy probable que no estuviera viendo el balcón, porque cada vez que las abundantes plantas se movían de un lado a otro con el vaivén de la brisa, la mirada del muchacho se mantenía centrada en un punto medio. Un poco más allá de Saúl, entre la mesa y el balcón, hacia la izquierda, Manuel, el esposo de la víctima, ocupaba el sofá de la sala. Una butaca enfrentaba el brazo izquierdo del sofá y otra el derecho. El señor Rivera también tenía la mirada fija, pero hacia la pared blanca de enfrente, donde colgaban las fotografías familiares. Seguramente él también andaba recorriendo los laberintos de la existencia, porque, al igual que el hijo, no pestañeó ante la presencia de los visitantes. Detrás de la puerta estaba la única pared azul de la vivienda, al final de esa pared había una pequeña biblioteca (de cinco niveles) cargada de libros ubicados sin ningún orden; la pared de al lado, que era blanca como la del frente (la pared de las fotografías), sólo tenía en el medio un dibujo del planeta Tierra hecho a lápiz, «es del tamaño de una cabeza humana no muy grande», pensó el hombre de voz ronca; «se podría asegurar que las líneas del dibujo simulan una cabeza humana en cuyo interior fue vaciado un mapa del planeta Tierra», pensó el otro visitante. El líder de los investigadores se

volvió hacia el centro de la sala y dijo elevando la voz un poco más allá de lo que la ronquera le permitía:

–¡Buenas tardes! Soy el detective Diego Salcedo, mi compañero es el detective Mario López!

Dina permaneció de pie ante la puerta, con la mirada rabiosa hacia el suelo y con la mano derecha apretando la manilla; Saúl y Manuel mantuvieron la misma expresión de ausencia. El detective Salcedo avanzó cuatro pasos, se detuvo entre la mesa y el sofá y alzó la mirada hacia la izquierda. Entre la pared del dibujo y el sofá, un angosto pasillo comunicaba con el interior de la vivienda: a la izquierda una puerta entreabierta dejaba ver el cuarto de la cocina; un poco más allá, del mismo lado, otra puerta abierta anunciaba el baño; al fondo del pasillo, frente a él, una habitación permanecía cerrada, «de acuerdo al mapa que dibujó López, esa era la habitación de la víctima», pensó Salcedo; hacia la derecha, dos cuartos más, ubicados uno al lado del otro, permanecían con la puerta entreabierta. El detective bajó la mirada, la arrastró hasta su punto de ubicación y reanudó su comentario.

–¡Es posible que ustedes no lo recuerden, y si así fuera, lo entenderíamos; sin embargo, la tarde del crimen de la señora Graciela Rivera, mi compañero, el detective Mario López, estuvo en este apartamento, trabajando, investigando!

Mario López observó a los tres integrantes de la familia Rivera. Ninguno lo vio para reconocerlo, cada uno mantuvo la misma expresión, ella la rabia y ellos la ausencia; luego vio de reojo a su compañero, se mordió los labios, buscó en los bolsillos internos de su sobretodo, sacó primero una pequeña libreta (como los buenos detectives, con cuidado la mantuvo entrecerrada), después un bolígrafo, y escribió unas pocas líneas. De pronto, desvió su atención hacia un papelito doblado que estaba al pie de la mesa, vio hacia los lados y, cuando presumió que nadie se fijaba en él, se agachó, tomó rápidamente el papel y se levantó con libreta y bolígrafo en mano, como si

nada hubiese pasado. Con disimulo, abrió el papelito y lo leyó en silencio: *Ajedrez*, de Jorge Luis Borges. El investigador hizo una mueca de desconcierto, dobló el papel y lo guardó en un bolsillo delantero del sobretodo.

López era un experimentado detective, tanto por sus más de cincuenta años de vida, como por su veteranía en el oficio; aunque a simple vista parecía un sujeto muy reservado, en sus vivaces ojos se asomaba la malicia de la calle. Diego Salcedo no tenía más de cuarenta años de edad, era un hombre sereno, pausado pero firme, de mirada inquietante y voz ronca; llevaba más de quince años trabajando como detective privado, en el medio era conocido por sonados casos que había logrado resolver en el mundo del espionaje empresarial, ahora se encontraba ante una familia y un crimen; «es mi segundo debut», pensó él. No obstante, Salcedo nunca subestimó el nuevo reto para el cual fue contratado, por eso conservó su estilo de trabajo, otra vez inició el ataque asumiendo la calma y el enigma como principales estrategias para derribar la voluntad de los sospechosos.

—¡La policía maneja la hipótesis del asesinato por robo. Es más, me atrevería a decir que muy pronto esta hipótesis se convertirá en una realidad y caso cerrado. Según la policía, la señora Graciela Rivera fue asesinada en su habitación por un delincuente que entró a este apartamento con el muy común fin de robar... la puerta principal abierta, las joyas desaparecidas y las declaraciones de los testigos alimentaron la teoría: un vulgar ladrón fue quien disparó directo al corazón de la señora Graciela Rivera, una bala fue suficiente, pero...

Sólo aquel «pero» fue capaz de hacer reaccionar a Manuel y a Saúl; padre e hijo se levantaron de sus respectivos asientos, vieron por primera vez al detective y caminaron hacia él muy lentamente, deteniéndose a prudencial distancia. Dina cerró la puerta y avanzó dos pasos; López siguió anotando, Salcedo continuó tejiendo su estrategia, por ello repitió:

—Pero...

Manuel, Saúl y Dina expresaban tal expectativa en la mirada, que parecía que de un momento a otro iban a gritar «¡hable ya!»; pero jamás surgió el llamado. Mario López no anotó ese silencio en su libreta, pero Diego Salcedo sí lo registró en su memoria.

—Pero... resulta que antes de que la bala ejecutara la misión que le había encomendado el criminal, a nuestra oficina llegó una carta escrita por la señora Graciela Rivera y fechada un día antes de su muerte.

—¿Qué decía esa carta? —preguntó Saúl.

El detective Salcedo metió ambas manos en los bolsillos del sobretodo, primero sacó los lentes y se los colocó, luego extrajo un papel doblado, tosió dos veces, se arregló los lentes, abrió el papel, lo estiró y sólo entonces procedió a leer con intencionada lentitud:

—«Esta noche será la última cena con mi familia, lo sé; esta noche, al igual que le ocurrió al Maestro, surgirá un Judas entre los míos».

El detective Salcedo dobló el papel, guardó los lentes y levantó la mirada: los tres integrantes de la familia Rivera se veían entre ellos con desconfianza; el detective López se mordió los labios y escribió otras líneas en su libreta. Salcedo, sin dejar de ver al trío, guardó la carta en el interior del sobretodo y dijo:

—¡Imagino que ustedes, como los dolientes más cercanos de la víctima, estarán de acuerdo en que el caso aún no está cerrado!

Dina movió la cabeza afirmativamente, casi sin ganas; Manuel cerró y abrió los ojos; Saúl, por su parte, vio hacia el balcón para liberar una pregunta que surgió con rabia entre los dientes:

—¿Quién mató a mi madre?

Familiares y detectives miraron al joven; los primeros impactados y los segundos analíticamente inexpresivos.

—¡Tal vez usted pueda ayudarnos a responder esa pregunta, amigo Saúl! —dijo Salcedo con ese tono de voz cordialmente demolidor que le caracterizaba.

–¿Yo? ¿Y en qué puedo ayudarles yo? –preguntó Saúl, al mismo tiempo que retrocedió dos pasos.

–¡Usted nos puede ayudar al igual que lo pueden hacer sus familiares, sólo que por cuestiones del azar vamos a comenzar hablando con usted, amigo Saúl!

–¿Azar?

–¡Como usted fue quien preguntó primero, lo he seleccionado para iniciar el interrogatorio!

Manuel y Dina no le quitaban la mirada de encima a Saúl; el padre lo veía con curiosidad y la hermana con disgusto. El detective López pasó una página de la libreta (siempre cuidando de mantenerla entrecerrada) y continuó escribiendo en la siguiente; Salcedo suspiró, avanzó dos pasos hacia el menor de los Rivera y le preguntó:

–¿En dónde podemos conversar?

–¡Aquí mismo! –respondió Saúl con mayor firmeza que antes.

–¡Pero debemos conversar en privado! –dijo el detective Salcedo.

Saúl desvió la mirada hacia sus familiares: hermana y padre partieron hacia el interior del apartamento; Salcedo no apartó la vista del muchacho (se negó siquiera a espabilar); López sí observó la retirada. Con la mirada fija en el camino, Dina fue la primera que atravesó el pasillo, entró en una de las habitaciones de la derecha y cerró la puerta; luego partió Manuel, siempre cabizbajo, con los pasos lentos en dirección al dormitorio del fondo.

–¡Por favor, cierre la puerta, señor Rivera! –dijo Salcedo elevando un poco su ronca voz.

Afuera se escuchó un fuerte impacto.

–¡Creo que su padre ya cerró la puerta!

–¡Eso parece! –afirmó Saúl.

El detective Diego Salcedo dio una vuelta alrededor de la mesa; cuando iba a repetir la acción, se detuvo bruscamente al escuchar a Saúl decir con firmeza:

—¡No pierda su tiempo señor Salcedo, si pretende confundirme con sus paseos alrededor de la mesa, se equivoca, vaya directo al interrogatorio y no juegue conmigo al detective, ese truco no le resultará!

Salcedo levantó las cejas en señal de asombro y vio a López (éste escribía y escribía), colocó ambas manos sobre la mesa y miró de nuevo a Saúl. Por un momento pensó que no se trataba del mismo joven retraído que hasta entonces se había expresado más con gestos que con palabras; luego de un fuerte suspiro y sin perder la calma le dijo:

—¿A qué se refería su madre con eso de «la última cena»?

—¡No tengo la menor idea, detective!

—¿Me podría contar con detalles cómo fue esa «última cena», amigo Saúl?

—¡Sólo si evita llamarme «amigo», detective!

—¿Acaso no cree usted en la amistad, señor Saúl?

—¡Precisamente, por creer en la amistad opto por mantenerlo a usted en el justo lugar que le corresponde!

El detective Salcedo sintió desconcierto; él siempre iba más allá de la primera impresión, estaba acostumbrado a descifrar los objetivos ocultos de las buenas intenciones, nunca se dejaba hechizar por los ánimos exaltados de los sospechosos, para él la exaltación también era una treta del culpable, nada más. Sin embargo, no pudo evitar pensar que Saúl, en lugar de sospechoso, era un niño malcriado que pretendía ser considerado un hombre. Salcedo recogió la buena fe y endureció la solicitud:

—¡Señor Saúl, estamos aguardando a que nos cuente los detalles de la «última cena»!

Saúl Rivera caminó hasta la mesa y se detuvo en la esquina contraria a donde estaba el detective, atrás quedó el investigador López mordiéndose los labios y escribiendo las claves del caso. Saúl se inclinó un poco y colocó las manos sobre la mesa, asumiendo la misma posición que aún conservaba Salcedo, luego afirmó:

- ¡Esa «última cena» no la organizó mi madre, detective!
- ¿Qué dice?
- ¡Esa «última cena» la organizó otra señora!

SITUACIÓN B

MADRE GACELA

La extraña afirmación de Saúl logró que Salcedo retirara sus manos de la mesa; el muchacho también las apartó. Para entonces, López comenzaba a escribir una nueva página.

–¡Explíquese, señor Saúl! –exigió Salcedo.

–¡Las cenas que organizaba mi madre eran otras... esas sí eran inolvidables, salvadoras!

–¡Sigo sin entender!

–¡Mi madre no era como las otras señoras, detective, mi madre, además de servir la comida, leía poesía!

–¿Qué dice?

–¡Lo que escucha, detective, mi madre aprovechaba que la cena era la única comida que lograba reunirnos a los cuatro y nos leía poesía... cada quien en su puesto, con la comida servida, mamá y papá en los extremos de la mesa, mi hermana y yo a los lados, uno frente al otro; mi madre nos veía esperando el momento ideal para comenzar, entonces abría un libro que acompañaba su plato o simplemente recitaba la poesía.

–¿Y qué poesía leía su madre? –preguntó Salcedo extrañado.

En la mirada de Saúl se asomó un brillo cargado de malicia, Salcedo comprendió que aquél no era el mismo joven iracundo de antes; había logrado convertir la rabia en lujuria. Y esto lo reafirmó cuando le escuchó pronunciar con exagerado placer los títulos de algunos de los poemas que leía su madre.

–*Una temporada en el infierno*, de Rimbaud; *El cuervo*, de Poe; *Los heraldos negros*, de César Vallejo o quizá algunos textos del *Apocalipsis de San Juan*.

–¿Y no le parece que los títulos de esos poemas son de mal gusto para leerlos antes de la cena? –preguntó Salcedo.

–¿Títulos? ¿Títulos? –repitió una y otra vez Saúl, con el asombro en la voz y en la mirada.

–¡Bueno, eso me parece! –respondió el investigador.

–¡Los títulos son sólo una invitación al contenido, detective! ¿Acaso no le gusta la buena literatura o el tiempo no le permite leer algo más que títulos, detective?

Salcedo enserió aún más el rostro, se molestó al pensar que el muchacho lo estaba llevando a su terreno; López sonrió por dentro; Saúl aferró sus manos a la silla más próxima y vio el dibujo de la pared; su palabra describió un recuerdo:

–En cierta ocasión, mi madre sirvió la comida en la mesa y regresó a la cocina; mi padre, mi hermana y yo la esperamos en nuestros puestos durante más de veinte minutos; nos veíamos extrañados, nunca había demorado tanto. «Tengo hambre madre gacela», le grité con el sarcasmo propio de nuestra relación; en otro momento les contaré por qué la llamaba «madre gacela» –le acotó el joven a los investigadores–. Dina, como siempre, sostenía su cara larga con ambas manos, ella nunca perdió la mala costumbre de apoyar los codos sobre la mesa; mi padre tenía la expresión de fastidio de todas las cenas, no le causaban mucha gracia los poemas, y creo que mucho menos antes de la comida. Yo los tranquilizaba diciéndoles que probablemente mi madre estaba mal del estómago. «Ojalá no sea por causa de esta comida», les decía sarcásticamente para suavizar las tensiones. Pero a cambio, sólo ganaba las miradas inquisidoras de mi hermana y de mi padre. Diez minutos después apareció mi madre, estaba inigualable, espectacular, atrevidamente bella. Con razón había demorado tanto, se estaba preparando para obsequiarnos una velada diferente; ella lo había prometido la noche anterior, «Mañana los sorprenderé como nunca antes, ya lo verán», dijo convencida de cumplir su palabra. Y eso no era fácil, sobre todo para

una mujer acostumbrada a vivir para sorprender. Pero «madre gacela» cumplió su promesa: y surgió ante nosotros completamente desnuda.

—¿Desnuda? —preguntó Salcedo.

Saúl apartó la mirada del dibujo y vio fijamente al detective para reanudar su relato.

—Sí, desnuda, con su hermosa cabellera acariciándole los hombros; era ella, sin camisa, ni falda, ni ropa interior, ni zapatos, ni medias, pero armada con un papel en cada mano. Yo nunca antes le había visto ni un pezón a mi madre (López arrugó la frente: quizá se preguntó si jamás recibió leche materna). Aquel desnudo fue hace casi dos años, era la tercera mujer que veía desnuda, en persona, a pocos pasos; y de las tres, era ella, mi madre, la que tenía el mejor cuerpo. No voy a negar que sentí admiración por la buena figura que conservaba a sus cincuenta años; pero el más asombrado fue mi padre, él abrió los ojos y la boca con tal exageración que su rostro se perdió entre la sorpresa y la vergüenza. Por su parte, mi hermana, aún con los codos sobre la mesa y las mejillas hundidas entre las manos abiertas que presionaban su cara, miró de reojo la escena. «Madre gacela» se sonrió con nosotros, como si nada extraño pasara, era su hermosa sonrisa desprendida que celebraba su condición de fugitiva; era la expresión de ser humano liberado que ella se había ganado con grandes sacrificios. Graciela, esa mujer que aprendí a admirar más como ser luminoso que como madre, avanzó hacia su lugar en la mesa y tomó asiento en la esquina de siempre, frente a mi padre, con Dina a su derecha y yo a su izquierda; sin antesala levantó uno de los papeles, leyó su poema y levitó.

—¿Levitó? —preguntó Salcedo asombrado.

—¡Sí! levitó, levitó mientras leía unas líneas de *Una temporada en el infierno* de Arthur Rimbaud:

Mi vida está usada. ¡Vamos!, simulemos, no hagamos nada, ¡oh piedad! Y existiremos divirtiéndonos, soñando amores monstruos